

Uruguayos en el exilio
LOS SUBTERRÁNEOS DE LA LIBERTAD

Por Daniel Feldman

El pasado jueves 30 se presentó el libro “El Uruguay del Exilio: gente, circunstancias, escenarios” coordinado por la historiadora Silvia Dutrénit Bielous.

Son pocos los estudios que se internan en las peripecias que abarcaron – y aún hoy abarcan- a una cifra calculada en el entorno del 10% de la población uruguaya. La coordinadora del libro –exiliada ella también- plantea en la introducción que “han pasado más de treinta años desde que aquellos hechos ominosos se volvieron realidad cotidiana. El paso del tiempo no casualmente fue dejando atrás la intolerancia y la crueldad y paulatinamente invirtió el riesgo humano, político y moral que por muchos años significó, para los uruguayos, defender sus ideas y su dignidad. La magnitud de la represión, la secuela de los dramas individuales y colectivos vividos y el trauma social generado hacen que las generaciones jóvenes transiten muchas veces entre el desconocimiento, el descreimiento de lo acontecido y el impacto emocional de saberlo cierto.”

Hacia 33 años que no nos veíamos con Silvia. Luego de varias horas de intentar ponernos mínimamente al día, nos introdujimos en la obra, en tratar de ver, más allá de lo político, cómo el drama del exilio, ya que el destierro fue otro de los mecanismos que la dictadura puso en marcha para someter a los uruguayos, afectó la vida de un importante sector de la población y también cómo en esos tramos subterráneos de la existencia de muchos compatriotas, se fueron construyendo encuentros y desencuentros.

Tú ya tenías algo trabajado sobre el tema, pero ¿cómo surge la idea de este libro que abarca las experiencias de distintos países y diferentes organizaciones políticas?

Yo me dedico al estudio de la historia reciente en América Latina y principalmente en el Cono Sur, y trabajo específicamente el período que va de 1970 en adelante. Eso me lleva a estar muy concentrada en los procesos políticos del autoritarismo, las dictaduras y las transiciones a la democracia. Esto me llevó a meterme en el tema de la opción que ejercieron muchos de los perseguidos políticos de recurrir al asilo diplomático, establecido en el derecho interamericano. Trabajé durante bastante tiempo en la política y práctica del asilo diplomático, y en particular el caso mexicano. Esta es una de las rutas del exilio. En el 2003, cuando se cumplieron 30 años del golpe de Estado en nuestro país, consideré que era el momento de que se comenzara a trabajar el tema del exilio.

¿Cómo caracterizás al exilio, es algo individual o colectivo?

Si bien son vivencias individuales, es algo colectivo. No sólo de la sociedad que provoca la salida de la gente, sino también por el impacto que este fenómeno produce también en las sociedades

que lo reciben. Creí que treinta años era un tiempo más que prudencial para poder hablar de los temas. También me pareció que era un tiempo más que razonable para poder recuperar la memoria viva, los testimonios orales de quienes fueron sus protagonistas, aquellos que sintieron los impactos y las repercusiones. Se puede decir que los treinta años del Golpe marcaron el momento de una “revolución memorística”.

Había mucho silencio sobre el tema.

Los silencios a veces son obligados y nuestro país vivió muchos silencios sobre el drama vivido. Había que tocar el tema del exilio, porque entre otros de los dramas del pasado reciente, carga con un estigma.

A veces las discusiones se restringen a si la línea de tal o cual grupo era justa o no. Tu planteás que muchas veces en el exiliado hay una especie de culpa, al igual que en aquel militante que logró zafar y nunca cayó preso. ¿Qué hay de todos esos dramas?

Ese es un tema que lo dejamos planteado en el libro. Yo te hablaba de los silencios, y uno se pregunta el por qué de ellos, así como de los olvidos obligados. No todos tienen que ver con las culpas. También tienen que ver con el dolor, los procesos de salida. Nadie se fue del país porque sí y menos un militante político cuando está en la lucha. La gente se fue porque no tenía o veía otra opción.

Sí, pero también se puede decir se fue pero se podía haber quedado.

Sí. Pero el cuando “se podía haber quedado” tiene los límites de la seguridad, de mantener o no la libertad y en algunos casos hasta perder la vida, eso te restringe mucho. Hubo quienes salieron porque las organizaciones los mandaron, pero pensar que todos los que se fueron lo hicieron porque sus organizaciones los mandaron es totalmente falso. La salida al exterior es desorganizada, no planificada, no pensada. Luego sí se transforma en un exilio organizado.

Las organizaciones políticas habían quedado prácticamente diezmadas.

Absolutamente, porque el exilio es una derrota. No tiene una fecha concreta, los uruguayos van saliendo motivados por las distintas coyunturas represivas sobre las diferentes organizaciones.

Tú marcás diferentes etapas. Una previa al golpe, donde principalmente la gente que sale es del MLN, una segunda casi inmediatamente al golpe en la cual se van muchas personalidades destacadas, sobre todo el ambiente universitario y de organizaciones de masas ilegalizadas, una tercera que arranca en la intensa represión que se da a partir de 1975 contra el Partido Comunista...

Sí, arranca en el último período de Pacheco. Luego sigue saliendo gente que estaba presa y hace la opción constitucional de salir del país, a la cual se sigue incluso recurriendo hasta fines de los '70. A causa de la represión al MLN sale gente fundamentalmente a Chile y Argentina. Muchos de ellos lo hacen como un tránsito para seguir a Cuba, a recibir instrucción militar para reintegrarse a la lucha. Que después reciban o no esa instrucción es otra cosa, pero su objetivo era ese. Pero esas salidas, ¿son a un exilio organizado? Para nada. Muchos incluso se alejan de sus organizaciones. El exilio es una forma, al mismo tiempo, de acercamiento y alejamiento de la política.

La sensación que yo tengo es que el exilio, por su dimensión, sobrepasa las previsiones que las propias organizaciones tenían. Por lo menos eso lo pude apreciar en la historia del Partido Comunista.

Pensá que el PC era el que tenía la mayor cantidad de militantes, era un partido muy fuerte por su estructura. Es cierto que la represión arranca con Pacheco, pero a partir de 1975 la represión

se concentra fundamentalmente en el PC. Y no tenía capacidad para ello. Queda diezmado, y la gente sale. No había capacidad para que esa masa enorme de militantes se quedara en el país. Esa salida también es tremendamente desorganizada. Habían formado unas estructuras en 1973 y 1974 en Buenos Aires, pero con muy contados dirigentes y militantes. En 1976 se intentó estructurar algo más organizado, pero que funcionó parcialmente, incluso que algunos manejos desprolijos sobre quién salía primero o no.

Volvamos al estigma... las culpas.

El exilio genera resentimientos internos, por la gente que quedó acá. Igual el que se salvó, el que pudo progresar o el que pudo estudiar, el que pudo hacer dinero; en resumen, el que no se la "comió". Pero esto tiene otra cara: el exiliado también vive con culpas. Porque abandonó y vive pensando, en un alto porcentaje, en lo que quedó acá, los presos, los clandestinos, etc.

En los familiares.

Pero claro. Muchas veces las familias se rompieron; algunos quedaron en la cárcel, otros en la clandestinidad. Hubo casos muy dramáticos. Si uno hace comparaciones, el exilio fue la suerte. En cierta manera fue la vida, aunque no para todos, ya que si uno piensa en Argentina, como tú debés tener bien claro, el exilio no fue la vida para todos. El caso de tu hermano, los secuestrados que luego aparecieron en Soca, Zelmar, Gutiérrez Ruiz, Willy, Rosario, Liberoff, los desaparecidos... fueron todos exiliados. Eso también hay que ponderarlo.

¿Ellos se consideraban exiliados?

Creo que los primeros años la gente salía pero no se consideraba exiliada. Estaban donde estaban trabajando hacia adentro. Al principio no se frecuentaba la idea de que se estaba en el exilio.

Mucha gente incluso experimentaba un rechazo hacia la sociedad donde estaban.

Absolutamente.

A veces no aprendiendo el idioma, tal vez como una forma de mantener las raíces.

Exactamente. Si nos abstraemos de estos primeros años, donde los exiliados no se sentían tales más allá de que lo eran, las formas de acoplarse a las sociedades receptoras fueron muy diversas, pero en general hubo un rechazo. Cada uno llevaba su frontera cultural, sus códigos, sus prácticas, y se enfrentaba con el otro, que era la sociedad de acogida. Ahí venía la reafirmación de uno mismo: la milanese, el mate, la rambla, el boliche de la esquina. Se aprendió que había otro, otras formas de vivir, pero fue un proceso lento de adaptación. Finalmente uno va incorporando pautas culturales y costumbres, y ese es uno de los saldos del exilio. Las propias sociedades de recepción también incorporaron pautas culturales, sobre todo en los círculos cercanos a los exiliados: toman mate, juegan al truco, conocen quién era Seregni. Pero ese rechazo no se puede tomar como pauta para todo el mundo. Hubo comportamientos muy diversos, cada uno lleva consigo cómo se incorporó y cómo tomó el exilio. Así como tenés a quienes rechazaron la sociedad de acogida, están aquellos que rechazaron la sociedad de la cual salieron porque se sintieron rechazados. Están también los que se adaptaron y mimetizaron y se fueron perdiendo del grupo organizado. Es difícil hablar de un comportamiento tipo. Lo que intentamos hacer en el libro fue confrontar diferentes memorias a través de lo que fue el exilio organizado, esto es, la gente que se nucleaba en torno a las diferentes organizaciones de solidaridad de los países.

Tú insistís con el tema del silencio. Eso se ve no sólo en los exiliados, también en los que estuvieron presos o clandestinos. La gente tiene pruritos de hablar de sus propios

sufrimientos. Tengo muchos amigos que estuvieron presos o exiliados, y cuando hablan se refieren más bien a cosas jocosas. El que no sabe del tema podría pensar que estuvieron de vacaciones. Tal vez sea una forma de exorcizar esas vivencias. Pero ni la cárcel ni el exilio fueron joda o vacaciones. ¿Cómo analizaron el tema?

Hay dos temas. En primer lugar los silencios. Cuando se rompe el silencio igual no se quiere hablar del dolor. Esos son los tiempos de la memoria, se van procesando las cosas (esto es un tema más para psicoanalistas o psicólogos). Lo otro refiere a las formas de adaptación. Fueron muy difíciles y en muchos casos de dolor. Ese rechazo no era fácil. La gente no fue sólo a sociedades cercanas culturalmente. Pensá por ejemplo en los países más distantes, tanto por su idioma, como por sus costumbres o códigos culturales. Pensá en Suecia, Finlandia, Holanda, la gente que fue a África. El tema de las inserciones es muy difícil, y ahí jugaron un papel muy importante los hijos. Hablando de la cotidianeidad, las necesidades te obligan. Tenés que trabajar para vivir.

Sí, muy pocos eran militantes rentados por las organizaciones.

Te diría que prácticamente los podías contar con los dedos de una mano. Justamente, los que se llamaban militantes profesionales tuvieron que insertarse en el mundo laboral. Por lo menos en aquellos países donde no tenían esas becas para vivir hasta conseguir algo. En este tema cada país fue diferente. Por ejemplo, Suecia te daba un estipendio para aprender el idioma y hasta tanto encontraras trabajo, pero no fue así en todos lados. En los países donde la lengua era diferente los hijos fueron un factor importante, porque aprendieron rápidamente el idioma y se convirtieron en los motores de la familia en términos de la comunicación con el medio.

Muchas veces se hablaba de estar siempre con la valija pronta. Incluso la tapa del libro tiene una valija...

Sí, un poco el resumen es que la gente se sentía en tránsito. Hubo aquellos que al comienzo llegaron al extremo de no comprar nada que no se pudiera poner dentro de una valija. La idea era no arraigarse a donde se había llegado. Es más, en Europa, en los países del primer mundo se planteaba el “*tener cuidado con aburguesarse*”.

¿Hay cifras de cuántos fueron los exiliados?

No. quien más ha trabajado el tema es Adela Pellegrino. Incluso hubo un proyecto que se llamó “*Diáspora*”, en el cual llegamos a realizar un coloquio, para el cual había financiamiento del exterior, pero fue trancado por Sanguinetti.

Otra joyita del ex.

Sí. Bueno, te decía que Adela ha tirado una cifra aproximada, y es del 12 ó 13% de la población. Pero esto tiene dos puntas. ¿Quiénes eran los exiliados? ¿Son todos los que salieron durante la época del autoritarismo y la dictadura? Ese fue un debate en el exilio, entre los que se nucleaban. Siempre que llegaba alguien se preguntaban si había sido requerido, perseguido, había estado en la cárcel o se había ido porque tenía miedo. Fue una discusión muy fuerte y que se puede seguir trasladando al día de hoy. Pero yo me pregunto: ¿hay que juzgar? ¿Corresponde juzgar si el que se fue lo hizo porque estaba requerido, porque al vecino lo llevaron preso, porque no firmó la fe democrática o porque tuvo miedo? ¿Hay que hacer un prontuario de cada uno?

Estáramos haciendo lo mismo que hizo la dictadura.

Para hacer el libro eso se discutió. La idea que primó es que todos eran exiliados.

Siguiendo con ese exilio organizado, cuando se recupera la democracia se plantea también, en muchos casos, un retorno organizado. Pero a veces las cosas no son como uno quiere. Hubo gente que pareció exiliada en el propio país y se volvieron a ir.

La coyuntura de salida uno no la escoge. Los que tuvieron que salir pocas veces pudieron optar y decir ¿qué hago? Si el tema era salvarse, encontrar un lugar donde preservarse, se salía. En el retorno, de manera más tranquila, se puede escoger. Si bien hay alegría por la recuperación de la democracia, la liberación de los presos, el momento del retorno también crea inestabilidad. Para muchos no había dudas y volvieron apenas pudieron. Otra cosa es lo que encontraron, si el Uruguay era aquel que habían idealizado: la familia, los amigos, la política. Es difícil pensar que lo era, porque el país cambió. La familia cambió, y más aún cuando la gente salió sin familia y regresó con familia. El retorno fue un momento de alegría y de conflicto.

Y ¿cómo se preparó el retorno?

No hubo una receta o estereotipo. Por lo que sabemos hay grupos que motivaron más que otros la idea de que había que retornar. Es el caso del Partido Comunista. En algunos países hubo discusiones fuertes sobre el tema, no en todos. Por ejemplo, en México las hubo. Sobre todo sobre el momento de hacerlo. Se discutió mucho y también se estigmatizó a aquellos que dijeron que lo tenían que pensar y quizás no se iban a ir en ese momento. En Cuba básicamente se planteó el retorno, la gente que estaba allí sabía que no era definitivo. En los otros países se produce una salida importante de gente entre finales de 1984 y 1986, y después muchos que vuelven paulatinamente en función de cómo organizan sus cosas. Y mientras ellos van organizando otros regresan.

ENCASTRES

Por las características de la represión, por lo masivo además de brutal, el universo del los perseguidos y de las víctimas fue diverso. Esa diversidad estuvo presente en el exilio también. mujeres y hombres de todas las edades, personas solas, parejas y familias salieron al exilio en variadas situaciones... se vieron obligados también a tratar, para seguir viviendo, de superar momentos estremecedores como los provocados por las muertes lejanas o cercanas pero distantes respecto a quienes estaban en Uruguay.

CONVOCATORIA PARA CONTINUAR ESCRIBIENDO LA HISTORIA

En Uruguay el exilio llegó a su fin cuando asumieron las autoridades surgidas de elecciones constitucionales. Marzo de 1985 cerró el ciclo que motivó el destierro. Este hecho no determina para la sociedad uruguaya, para las colonias de exiliados y para cada uno de los protagonistas, que las consecuencias de aquel ciclo hayan desaparecido. Estas páginas del pasado reciente como otras muchas también se han ido conociendo con parsimonia. La magnitud de ese Uruguay del exilio hace posible afirmar que sólo hemos contribuido con algunas páginas de su historia. Invitamos a que muchas más memorias individuales sean relatadas y a que otras historias sean escritas. El recuerdo, el documento atesorado, las fotos conservadas que cada protagonista resguarda y se sienta motivado a compartir tienen, entre otros destinos, un espacio virtual en la página electrónica <http://www.eluruguaydelexilio.org>

EL SECRETARIO GENERAL IBEROAMERICANO

El Cr. Enrique Iglesias, ex Ministro de RR.EE. al retorno de la democracia, ex secretario general del BID y actual secretario general de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, se desempeñaba en el momento del golpe de Estado en Chile como secretario general de la

CEPAL. Según diversos testimonios jugó un papel protagónico en la protección de los perseguidos políticos en Chile. Señala el libro que “no sólo impulsó la creación de los centros para refugiados, sino que, cada vez que se le presentó la oportunidad, facilitó a quienes se lo pidieron, contactos para ingresar a distintas embajadas. Públicamente ha declarado que nunca se había sentido tan útil en su carrera internacional como en ese período, en especial cuando llevaba la bandera de las Naciones Unidas para inaugurar un nuevo centro de refugiados. Yenia Dumnova sostuvo en uno de sus libros que fue gracias a él que pudo ingresar a la embajada de Honduras y Guillermo Waksman, uno de los autores de este trabajo, puede decir lo mismo respecto a su ingreso a la embajada argentina.

EL LIBRO

El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios. Silvia Dutrénit Bielous (coordinadora). Ediciones Trilce. 542 páginas. Precio en librerías: \$ 580.